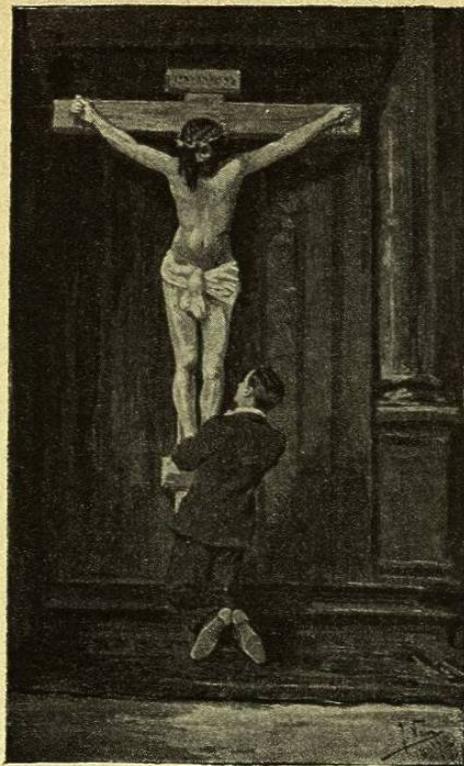
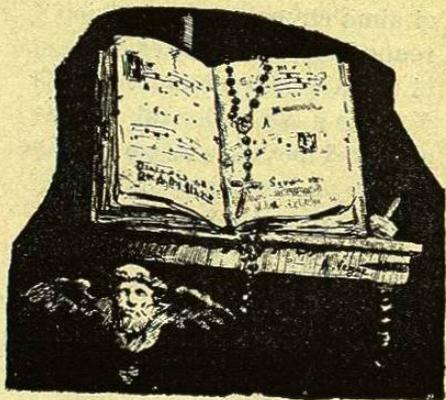


le dijo, y sé que tu esposa  
 está de la peste herida;  
 tu deber allí te llama.—  
 El buen artista corrió  
 á Toledo, y encontró  
 postrada á su Elvira en cama,  
 abandonada de todos;  
 lo que allí pasó se ignora,  
 mas, según se cuenta ahora,  
 se comentó de mil modos,  
 y no sin malicia, el hecho  
 de hallarse dos apestados,  
 fraile y mujer, abrazados,  
 muertos sobre un mismo lecho.  
 Y en la ciudad toledana  
 nadie en ellos supo ver,  
 ni al escultor del taller,  
 ni á la bella sevillana. (1)



### *El Cristo de la Agonía.*

Guardaba con fe piadosa  
 cierta toledana villa  
 en vieja y pobre capilla  
 una imagen milagrosa.  
 Era la bella escultura  
 un Cristo, cuyo semblante

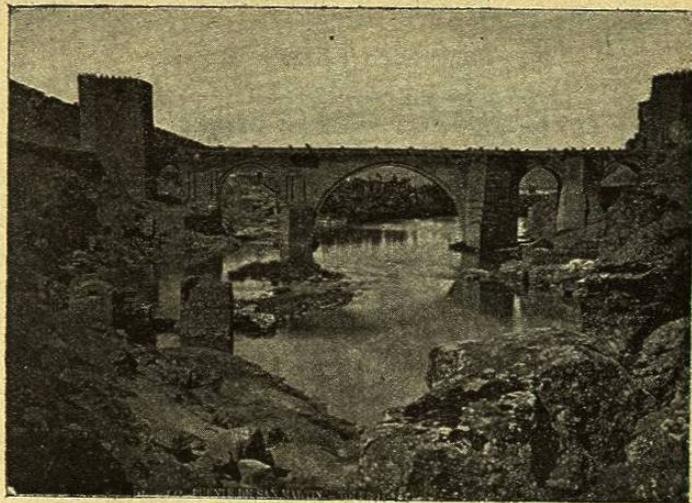
palpitaba agonizante  
 con espasmos de tortura.  
 De su protección divina,  
 que en todo mal invocaban,  
 mil prodigios se contaban  
 en la comarca vecina,  
 donde no faltó ocasión  
 á nadie, para llevar  
 agradecido al altar  
 un voto ó una oración.  
 Pero, quien con más ferviente  
 celo, con fe más sincera  
 veneraba al Cristo, era  
 el joven Pedro Vicente.  
 Cristiano fiel y buen hijo  
 nunca más dicha soñó  
 que el hogar donde nació  
 y el culto del Crucifijo.  
 Mas, á la ciudad un día  
 se vió obligado á marchar,  
 dejándose en el lugar  
 todo lo que más quería.  
 Con desaliento profundo  
 sintióse Pedro, al partir,  
 débil para resistir  
 las tentaciones del mundo,  
 y acudió con fe sencilla,  
 lleno de cristiana unción,  
 á implorar la protección  
 del Cristo de la capilla.  
 —Señor, dijo compungido,  
 pues que rigores del hado

me llevan de vuestro lado  
 concededme lo que os pido.  
 Dadme voluntad que enfrene  
 el fuego de mis pasiones;  
 dadme los copiosos dones  
 que la Caridad contiene.  
 Dadme cristiana elocuencia  
 para abatir la maldad;  
 dadme, en la dicha, humildad,  
 y en la desgracia, paciencia.  
 Nunca en mi silencio apoyo  
 halle el injusto tirano,  
 ni de ver deje un hermano  
 en el hijo del arroyo.  
 Y siempre vuestra bondad  
 divina, mi pecho aliente  
 contra la impura corriente  
 del vicio y de la impiedad.—  
 El Cristo de la Agonía  
 oyendo al joven piadoso  
 se dignó darle amoroso  
 todo lo que le pedía.  
 Y de su costado abierto  
 principiaron á brotar  
 mil virtudes que el altar  
 dejaron pronto cubierto.  
 De tal prodigio asombrado,  
 humilde, Pedro, y confuso,  
 á recoger se dispuso  
 aquel tesoro sagrado.  
 Mas, viendo que no podía  
 tanta riqueza guardar

corrió á su casa á buscar  
 una caja que tenía.  
 Volvió, y el santo presente  
 guardó en ella satisfecho,  
 y se la puso en el pecho  
 de rica cinta pendiente.  
 Luego del Cristo divino  
 humilde se despidió;  
 besó la cruz, y tomó  
 de la ciudad el camino.  
 Ya en ella, pudo apreciar  
 que su codiciado bulto,  
 entre aquel pueblo tan culto  
 era propenso á estorbar;  
 pues en estrechos pasajes,  
 sin la menor intención,  
 pegó más de un tropezón  
 con ilustres personajes,  
 y hasta llegó, por su mal,  
 á derribar en la acera  
 á un Ministro la cartera  
 y el bastón á un General.  
 Al fin, de la caja huían  
 todos, y el grande y el chico,  
 del importuno Perico  
 que estaba loco, decían.  
 Y él, queriendo poner tasa  
 á situación tan aleve,  
 se dijo: —Pues, lo más breve,  
 es dejar el bulto en casa,  
 y así ninguno sabrá  
 si soy creyente ó ateo;

amén á todo y *laus Deo*,  
 ¿quién conmigo reñirá?—  
 Mas, luego, su cobardía  
 conoció, y todo perplejo,  
 decidió pedir consejo  
 al Cristo de la Agonia.  
 Allá se marchó derecho,  
 en la capilla se entró  
 y ante el Cristo se postró  
 llevando la caja al pecho.  
 Confuso y avergonzado  
 iba ya á exponer su cuita  
 cuando la imagen bendita  
 habló del Crucificado,  
 y le dijo: —Yo, que leo  
 en tu corazón, Vicente,  
 tengo, con dolor, presente  
 lo indigno de tu deseo.  
 Si al tesoro que te di  
 vida cómoda prefieres,  
 libre, por mi gracia, eres,  
 puedes dejártelo aquí.  
 Mas, no olvides, si cobarde  
 capitulas con el vicio,  
 que allá, en el postrer juicio,  
 si me llamas, será tarde.  
 Esclavos de sus pasiones  
 los hombres van á la muerte  
 y habrás de seguir mi suerte  
 si á su malicia te opones.  
 Pues sólo porque la luz  
 les di de santas doctrinas

me coronaron de espinas  
 y me clavaron en cruz.  
 Si en tu pecho un santuario  
 al bien y á la virtud das,  
 clavado no morirás,  
 pero tendrás tu calvario;  
 porque ya el humano enjambre  
 que en la tierra fructifica,  
 al justo no crucifica,  
 lo deja morir de hambre.  
 Deja la caja, si al suelo  
 te inclinas y á sus placeres;  
 si llevar la caja quieres,  
 mártir subirás al cielo.  
 Si aquí placer, allí penas,  
 si allí gloria, aquí pasión,  
 escoge, por tu elección  
 te salvas ó te condenas.—  
 Y añade luego la historia  
 que cuando al Cristo escuchó,  
 Pedro la caja abrazó  
 diciendo: ¡ Señor, tu gloria!



## *La Esposa del Arquitecto.*

### I

Sobre la clave del puente  
 que de San Martín se llama  
 se ve, mirando á Poniente,  
 en mármol blanco y luciente  
 el busto de gentil dama.  
 Quién es, y por que está allí,  
 dice tradición añeja;  
 la diré como la oí,  
 aunque no me conste á mi  
 lo cierto de la conseja.  
 No hallaba entonces rival  
 Toledo, del arte emporio,  
 y en ella, con pompa real,

era Don Pedro Tenorio  
 Arzobispo y Cardenal.  
 La guerra, en tiempo pasado,  
 aquel puente destruyó,  
 y el generoso Prelado  
 reedificarlo mandó  
 á un arquitecto afamado.  
 Oro sin tasa vertía  
 el purpurado magnate;  
 el tiempo veloz corría,  
 y al fin, al puente dió un día  
 el arquitecto remate.  
 Y al artista el Cardenal  
 dijo, mirando el portento  
 de aquel arco colosal:  
 —A su luz sólo es igual  
 la luz de vuestro talento.  
 Eterna vuestra memoria  
 vivirá de gente en gente,  
 y alzarán á vuestra gloria  
 himnos en letras la historia,  
 himnos en piedras el puente.—  
 Y el buen pueblo toledano  
 por las laderas y el llano  
 afanoso se extendía  
 y al arquitecto aplaudía  
 como á genio soberano.  
 Mudo el artista escuchó  
 del Prelado las razones,  
 confuso se retiró,  
 y el pueblo le acompañó  
 con vivas y aclamaciones.

## II

No bien penetró en sus lares  
 el arquitecto abatido  
 y cesó el sordo ruido  
 de los gritos populares,  
 sentóse junto á una mesa;  
 la sien apoyó en la mano,  
 contemplando absorto un plano  
 cuyo estudio le interesa.  
 Y tras largo meditar  
 exclamó: —¡Mi fama ha muerto!  
 Mi error, por desdicha, es cierto;  
 nada me puede salvar.  
 Sin honra vivir no puedo;  
 yo las cimbras quitaré  
 y aplastado moriré  
 ante el pueblo de Toledo.—  
 Su faz trastornó el efecto  
 de mental perturbación  
 cuando entró en la habitación  
 la esposa del arquitecto,  
 que justamente alarmada,  
 con lágrimas en los ojos,  
 quiso de aquellos enojos  
 saber la causa ignorada.  
 El raudal de su ternura  
 calmó del artista el duelo

que le mostró, sin recelo,  
 la causa de su amargura.  
 —Sólo quien como tú ama,  
 dijo, sabrá disculparme  
 cuando se acerque á insultarme  
 ese pueblo que me aclama.  
 Un error, ya sin remedio,  
 hoy en el puente he notado,  
 dos sillares he trocado  
 en el gran arco de en medio.  
 Y de tan torpe manera  
 ajusté la clave arriba  
 que todo su peso estriba  
 en la armazón de madera.  
 Llegará el fatal momento  
 en que las cimbras se quiten  
 y no habrá fuerzas que eviten  
 un espantoso hundimiento.  
 Yo me hundiré con el puente;  
 el Tajo me arrastrará  
 y mi memoria será  
 vituperio de la gente.—  
 Creció en la esposa el cuidado  
 y el cariño del esposo  
 que si le amaba dichoso  
 le idolatró desdichado.  
 Alma noble en mujer fuerte  
 que, apenada de escucharle,  
 ya sólo pensó en librarle  
 de la deshonra y la muerte.

## III

Rueda en nubes oscuras embozada  
 la noche silenciosa  
 y duerme en la penumbra sepultada  
 la ciudad populosa.  
 Ni una luz, ni un acento, ni un ruido  
 se mira ni se siente,  
 sólo el Tajo, de lluvias acrecido,  
 revélase imponente.  
 Lentos golpes los ecos dilataron  
 de doce campanadas,  
 cuando en una calleja se escucharon  
 rumores de pisadas.  
 Sombra ó fantasma que infundir pudiera  
 al más valiente espanto,  
 se ve hacia el Tajo descender ligera  
 envuelta en negro manto.  
 No le infunde temor la espuma hirviente  
 que invade la ribera;  
 audaz llega á tocar del nuevo puente  
 las cimbras de madera.  
 Sobre la seca pira resinosa  
 un líquido derrama,  
 descubre una linterna misteriosa,  
 y aplicale su llama.  
 Y en tanto al pino, con terrible imperio,  
 el fuego lame y muerde,

huye la sombra con igual misterio  
 y en las calles se pierde.  
 Cuando leves reflejos de la aurora  
 se alzaban en Oriente,  
 destruída la cimbra protectora  
 se hundió el hermoso puente.  
 Nadie logró saber si el inaudito  
 suceso inesperado,  
 producto fué de caso fortuito  
 ó crimen meditado.  
 Y en tanto el arquitecto se admiraba  
 del hecho providente  
 que su vida y su crédito libraba  
 de un peligro inminente;  
 con mano liberal de nuevo abría  
 sus arcas el Prelado;  
 llamaba al arquitecto, y disponía  
 que el puente fuera alzado.

## IV

Largos meses pasaron, ya el puente terminaba,  
 cuando al buen arquitecto nueva desdicha hirió,  
 á la sin par esposa que con el alma amaba  
 una grave dolencia la vida arrebató.  
 Ya en su lecho de muerte, con voz desfallecida,  
 —un secreto, le dijo, te voy á revelar:  
 yo fui la que una noche, para salvar tu vida,  
 de San Martín el puente me decidí á incendiar.—

Murió luego, y guardando revelación tan grave,  
 el buen artista en mármol su busto retrató  
 y en el arco de en medio, sobre la altiva clave,  
 con mano temblorosa llorando le fijó.  
 Tal es de la leyenda la narración curiosa  
 que yo relato ahora como contarla oí,  
 si algún lector la juzga conseja fabulosa  
 abónala el retrato que el puente guarda allí.

